

# ESTOY AQUÍ

Ilustrador Pedro Gramegna

## El ciclista

El ritmo constante de mi respiración me acompaña. Admiro el camino, escucho los pájaros cantar. Mis músculos, tensos como las cuerdas de un violín, me impulsan en mi bicicleta por las cuestas de Chile. Todo el paisaje es una sinfonía de primavera y exuberancia. Estoy solo, benditamente solo, y hoy vine a festejar estar vivo.

La montaña enorme que se interpuso entre mi presente y mi futuro hace ya algunos años, comienza a alejarse. Desde la distancia puedo apreciarla mejor; desde el valle de mi felicidad, los riscos y acantilados que debí atravesar se me antojan ahora pequeños accidentes geográficos. Conozco, sin embargo, sus bordes afilados, conozco los cañadones sin fondo y el vértigo que me provocaron. Conozco el sendero de la soledad y el valle de la desesperación.

Escucho el silencio, escucho los susurros de vidas pasadas. El silencio me transporta a mi infancia, a las risas cristalinas del niño que fui. Viajo, pedaleo escalando montañas. Admiro el paisaje del Desierto de Atacama, los salares infinitos, los lagos de colores improbables, las montañas que se pierden en el horizonte. Escucho el silencio insondable que me acompaña como un coro de mil voces.

Siento el jadeo de mi respiración, el sudor de mi cuerpo y mis músculos tensos. Hoy alcanzaré las siete cimas del Nirvana. Viajo por la Patagonia infinita, oigo el sonido del viento en los bosques de lengas vestidas de otoño. Ya nada me duele, ya a nada temo. Nada me es ajeno o imposible. El cáncer me devolvió el espacio emocional que alguna vez perdí. Me hizo fuerte, me convirtió en un guerrero. Aprendí a usar su fuerza a mi favor y el peso de su aliento espeso no rompió las vigas de mi alma. El cáncer fue mi enemigo y contrincante feroz. Lo miré a los ojos, y el odio con que me atacó, fue la fuerza que utilicé en su contra. El cáncer me enseñó que yo mismo tenía las llaves para abrir las puertas de mi liberación.

El pasado ya no existe, tampoco el futuro. Existe sólo el presente de mi viaje y mi respiración agitada que nutre de oxígeno cada una de mis células. Respiro aire que nunca ha sido respirado, sueño sueños que nunca imaginé, y como dijera Violeta Ausente, viajo sin plan de vuelo, amando los remolinos y odiando las matemáticas.

El limo del torrente vertiginoso y aterrador que me arrastró, ya decanta. Sin prisa, lo he dejado asentarse al ritmo de mi respiración. Ya no existe la jaula de vidrio dentro de la cual desperté hace ya años. Ni tampoco la sensación de vivir un estado emocional ajeno a la Vida. Ahora, todo a mi alrededor bulle de energía y exuberancia. Estoy aquí y ahora, y eso es un regalo. Mi vida, cada segundo de ella, es un regalo. Traspasé mil barreras, tan solo para llegar hoy a este espacio de conciencia.

Seguiré mi viaje. Las cenizas del que fui remontaron las corrientes de los Andes y nunca más volverán. Mis alforjas se llenaron de los paisajes luminosos de la Vida en su eterno fluir. No necesito más. Aprendí a apartarme de lo que me duele y a rodearme de los afectos que me importan. Construimos, con mi mujer, los espacios de nuestro hogar: están inundados de sol y del perfume fresco de los azahares. Allí llegan, sin invitación, los seres que amamos.

Cáncer. Palabra que nos hace sudar frío y nos lleva a espacios yermos donde ya nada depende de nosotros sino de otros. Médicos, quirófanos, máquinas, exámenes de todo tipo y vejación de nuestra intimidad. Vemos nuestra vida como descende lenta a los infiernos del sufrimiento físico y emocional. Ya nada nos pertenece, ya nada podemos decidir, nada podemos soñar. El cáncer nos destruye. El cáncer borró quien fui y al hacerlo me dio una segunda oportunidad.

Derroté al cáncer en mi cuerpo y ahora lo expulsé de mi alma.

Miro, allá muy abajo en el valle el camino que recorrí, y me parece un sueño de otra vida. Nada tiene sentido hoy si no hubiese sufrido el terremoto que cambió mi Vida.

Mis probabilidades de sobrevivir eran extremadamente bajas, y no logro entender el chispazo de lucidez que me hizo sospechar cuando todavía nada indicaba que algo estaba mal.

Estoy vivo gracias a ese guiño del destino.

